

“Orientalismo” y “occidentalismo” en la escritura de *Facundo* de Domingo F. Sarmiento

Por *Françoise* PERUS*

Con motivo de la celebración de los setenta años de Cuadernos Americanos

EL CARÁCTER DICOTÓMICO del pensamiento del autor de *Facundo* (1845) ha sido señalado más de una vez por la crítica, tanto como la impronta positivista de su sistema de categorías y la filiación liberal y potencialmente oligárquica de su posición ideológica. Al trasladar su conocida disyuntiva entre la civilización y la barbarie a un ámbito distinto —el de la oposición entre el Oriente bárbaro y la civilización europea, que atraviesa también el ensayo de Sarmiento—, mi objetivo no es abundar en la misma dirección, tan sólo sustituyendo unas nociones por otras. Me propongo más bien examinar las modalidades del traslado del segundo de estos sistemas de referencias al ámbito argentino de mediados del siglo antepasado, y reflexionar acerca de su enlace, sumamente problemático, con las categorías analíticas aducidas por el autor.¹

Partiré para ello del rastreo de una serie de pistas señaladas por el propio Sarmiento en su esfuerzo por conferir unidad y significación a las huellas que va persiguiendo e interpretando en su recorrido por el territorio argentino. Este rastreo, como el del *rastreador* pampeano, no consiste obviamente en el solo acopio de huellas heterogéneas y dispersas: conlleva su propio método, señalado al pasar por quien escribe y reflexiona acerca de las formas de elaboración de su propio pensamiento. Pese a la índole predominantemente ideológico-política de la argumentación de Sarmiento en pro de la civilización y de la necesidad de establecer formas institucionales de gobierno en la Ar-

* Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; actualmente investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la misma institución; e-mail: <perus.francoise@gmail.com>.

¹ La bibliografía relativa a la obra de Sarmiento es inmensa y llenaría por sí sola las páginas de que dispongo para el presente artículo. Parto de lo generalmente admitido con el solo propósito de señalar el desplazamiento del objeto de análisis propuesto, sin poder contrastarlo aquí con otros, cuya relevancia no estoy cuestionando.

gentina postindependentista, su pensamiento no reviste el carácter estrictamente conceptual de un tratado político, acaso por cuanto la forma y la destinación finales de estas reflexiones no estaban definidas de antemano.

En efecto, antes de adquirir la forma de libro, las reflexiones de Sarmiento consistieron en una serie de entregas —entre el 2 de mayo y el 21 de julio de 1845— para el diario *El Progreso*, en el cual el autor había venido colaborando con otros temas. El título original con que aparecieron estas entregas consistía en la enumeración de aspectos y problemáticas al parecer distintos: *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*. De hecho, el texto evidencia registros discursivos sumamente diversos, pasando de la forma de la enunciación “objetiva” en tercera persona al discurso indirecto libre, al testimonio personal, al relato intercalado, a la cita “textual” o la transcripción de encuestas y entrevistas y a la acumulación de relatos de tradición oral. La escritura a su vez va acumulando, reiterando y parafraseando imágenes de muy diversa índole; entre ellas, las que hacen confluir Oriente y Occidente en el mundo del texto y van confiriendo sentido y valor a las huellas rastreadas. Las variaciones y los contrastes entre los diversos aspectos de la realidad traída al mundo del texto revisten así una asombrosa heterogeneidad de lenguajes, formas y referencias culturales que pugnan con el sistema aparentemente más estable de nociones abstractas y conducen al lector de *Facundo* a preguntarse acerca de la perspectiva a fin de cuentas adoptada por el sujeto de la enunciación y de la imagen del destinatario virtual del ensayo.

Respecto de las indicaciones proporcionadas por Sarmiento para entender su método de *rastreador* y *baqueano*, acaso valga reparar en sus propias observaciones acerca del autor de *El último de los mohicanos*, y en los argumentos que aduce para contrastar la perspectiva y la modelación del enunciado en *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, con la poesía de los hermanos Varela:

El único romancista norteamericano que haya logrado hacerse un nombre europeo es Fenimore Cooper, y eso porque transportó la escena de sus descripciones fuera del círculo ocupado por los plantadores, *al límite entre la vida bárbara y la civilización, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesión del terreno*.

No de otro modo nuestro joven poeta Echeverría ha logrado llamar la atención del mundo literario español con su poema titulado *La Cautiva*. Este bardo argentino dejó a un lado Dido y Arjea, que sus predecesores los

Varela trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, *porque nada agregaban al caudal de nociones europeas*, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, *en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian*, halló las inspiraciones que proporciona *a la imaginación* el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada, y entonces, el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación, aun por la península española.²

Dejo de lado las demás observaciones de Sarmiento acerca de otras formas de poesía y literatura —popular, urbana y mestiza, por un lado, o campesina y gaucha, por el otro— que, como lo señala él mismo más adelante, muestran “especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional” (p. 51). Más tarde volveré sobre la relación de Sarmiento con la narración popular oral, en particular cuando de la vida de Facundo Quiroga se trata. Por ahora, me interesa subrayar la relevancia que adquiere, para el autor de *Facundo*, el acento puesto por Cooper y Echeverría en los lindes de lo conocido, y en la frontera inestable y borrosa entre mundos sociales y culturales disímiles y en contienda, por cuanto es un *espacio fronterizo similar* al que explora, elabora y configura el ensayo de Sarmiento. Como éste lo señala expresamente a propósito de Cooper o Echeverría, ya no se trata, para la literatura argentina, de ir rescatando lo rural y primitivo, idealizándolo y embelleciéndolo con el auxilio de fórmulas poéticas ya probadas en otra parte. Es preciso ir compenetrándose con las peculiaridades de ese mundo natural, social y cultural —mas no “civilizado”—, con el objeto de desentrañar su idiosincrasia y traerla al ámbito del análisis de los conflictos y las disyuntivas planteados por el proyecto nacional en ciernes. El rastreo de todas aquellas huellas, sin conexiones evidentes entre sí, es inseparable de las escisiones que provienen de su desconexión aparente, e inseparable también de los conflictos de todo orden que surgen de los contactos esporádicos o soterrados —aunque siempre violentos— entre esos mundos y que los han venido marcando desigualmente a ambos. El *espacio-tiempo fronterizo* así bosquejado sugiere por lo tanto la presencia de la “barbarie” en la “civilización” y la de la “civilización” en la “barbarie”, aun cuando esta compenetración mutua sea desigual e inestable, e incluso no siempre fácil de discernir.

² Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, Madrid, Mestas, 2001 (Col. *Clásicos universales*), pp. 45-46. Las cursivas son mías. En adelante, todas las citas provienen de esa edición y sólo indicaré el núm. de la pág. entre paréntesis al final de la cita.

Con respecto a esto último, acaso no esté por demás destacar la distinción entre la “civilización” y la “cultura” que maneja implícitamente Sarmiento. Tal distinción conceptual proviene del ámbito europeo —y más concretamente de las divergencias entre las concepciones francesa y alemana respecto de las nociones mencionadas—, y permite comprender las pugnas que se dan en el plano de la escritura entre, por un lado, el “y” de la conjunción del subtítulo del ensayo —“civilización y barbarie”—, y, por el otro, el “o” implícito en la argumentación ideológica. En efecto, Sarmiento puede postular la existencia de una “cultura gaucha”, y esforzarse por desentrañar unos usos y costumbres, unos tipos humanos y un “espíritu” propios del mundo pampeano, pero le resta a esta “cultura” toda capacidad de gestar formas modernas de “civilización”; esto es de formas de progreso material y humano. A sus ojos positivistas, la conjunción históricamente conformada de “raza”, “medio” y “momento” constituye el principal obstáculo para un proceso de esta naturaleza, y señala por ende los límites de la conjunción de “civilización y barbarie” que pugna, en la escritura del texto, con el “o” de la disyunción y la sustitución anheladas.

Ahora bien, más allá de las nociones proyectadas por el autor de *Facundo* sobre el referente argentino en aras de un proyecto ideológico-político, el espacio-tiempo fronterizo heterogéneo y conflictivo perfilado como objeto de sus indagaciones, plantea a Sarmiento la necesidad de ir convirtiendo —para sí y para su lector potencial— las huellas rastreadas en signos, y éstos en sentido y significación. Para ello, despliega un complejo sistema de *analogías, metáforas, comparaciones y traducciones* que traen al ámbito argentino una multiplicidad de referencias culturales de origen diverso; entre ellas, las que provienen de un Oriente ya significado por la tradición occidental, y las que esta tradición se atribuye a sí misma. Obra así al igual que los descubridores y conquistadores de las Indias Occidentales, aunque deslindándose también burlescamente de algunos, como aparece en el siguiente párrafo, no por casualidad redactado en primera persona:

Doy tanta importancia a estos pormenores porque ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que ha estado obrando en la República Argentina, *revolución que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas*, de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban, saludando con el terrible de león, que trae al espíritu la idea de la magnanimidad y fuerza del rey de las bestias, al miserable gato, llamado puma, que huye a la

vista de los perros, y tigre, al jaguar de nuestros bosques (p. 67. Las cursivas son mías).

De cualquier modo, todas estas analogías, metáforas, comparaciones y traducciones —que dan cuenta del siempre renovado problema de la adecuación/inadecuación de la realidad respecto del lenguaje que la nombra, interpreta y valora— convierten al ámbito argentino en la *yuxtaposición espacial* de tiempos históricos distintos que la civilización y la cultura europeas —la francesa en particular o al menos parte de ella— habían presentado como sucesivos desplazamientos espaciales, de acuerdo con un eje temporal y progresivo. Los ejemplos de este modo de significar podrían multiplicarse al infinito, aunque es preciso recalcar que tanto el Oriente como el Occidente que Sarmiento trae *imaginariamente* al ámbito argentino distan mucho de ser homogéneos y estables, por cuanto en uno y otro, y en las imágenes que de ellos proporcionan el discurso y el relato sarmientinos, los sistemas de referencias culturales se “contaminan” unos a otros. Sin contar con que, en estas amalgamas, influye también, y necesariamente, la experiencia empírica del autor. El episodio siguiente ilustra bastante bien la problemática planteada.

En un pasaje intercalado y supuestamente testimonial —narrado en primera persona—, Sarmiento relata su encuentro en 1838, en la Sierra de San Luis, con un estanciero de barba cerrada y origen español, “cuyas ocupaciones favoritas eran rezar y jugar”, y cómo dichas ocupaciones lo colocaron ante un “cuadro homérico”, y lo volvieron a traer a los “tiempos de Abraham”. Luego de narrar la escena del rito religioso oficiado por el estanciero en ausencia de sacerdote en el lugar, el autor del relato añade:

Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela. La voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras, a la religión natural, el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetua, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones (p. 41).

En esta escena a la vez “homérica” y “bíblica”, la impronta de Chateaubriand —de *El genio del cristianismo* y *Atalá*— es induda-

ble, como lo es también la de la Ilustración en la denegación del valor de este cristianismo “natural”, en ausencia de instituciones que coadyuven a la transformación de la emoción y el sentimiento “groseros” en “convicción” verdadera. En otros momentos, esta aleación de signos provenientes de Oriente y Occidente —en la cual la *idea* subordina el valor de la *emoción* y la *percepción*— arrastra también otros signos que remiten a un Asia fantásica que, con todo, Sarmiento dista mucho de dar por un Asia realmente existente: apunta más bien que la incitación de la *memoria imaginativa*, nutrida sin duda de lecturas dispersas —provenientes o no de la tradición occidental—, surge ante todo de la experiencia empírica. Cito nuevamente:

Ya la vida pastoril nos vuelve, *impensadamente*, a traer a la *imaginación* el *recuerdo* del Asia, cuyas llanuras nos *imaginamos siempre* cubiertas, aquí y allá, de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque *modificada* por la civilización de un modo extraño (pp. 37-38. Las cursivas son mías).

La mención de la *modificación* es aquí esencial. En efecto, señala con toda claridad que la memoria imaginativa y las asociaciones *metafóricas* que propicia tienen por función la de abrir paso a la *comparación*, y que ésta es la que permite discernir, resaltar y entender mejor las *diferencias* y los *rasgos propios* de la realidad argentina. Más que a la construcción de un Oriente fantásico —que de hecho existe, con signos muy diversos, no sólo en la tradición europea sino también en el imaginario americano, tanto popular como culto, desde los tiempos de la Conquista y la colonización—, la movilización de aquellos signos responde ante todo al afán por desentrañar lo “real” de la realidad argentina. De ahí que el discurso de Sarmiento se desplace luego hacia la “sloboda esclavona con la *diferencia* de que aquella era agrícola” (p. 39), o hacia el *parecido* con “la feudalidad de la Edad Media, en que los barones residían en el campo, y desde allí hostilizaban las ciudades y asolaban las campañas”, no sin añadir inmediatamente “pero aquí (en la campaña argentina) *falta* (*sic*) el barón y el castillo feudal. Si el poder se levanta en el campo es momentáneamente, es democrático: ni se hereda ni puede conservarse por falta de montañas y posiciones fuertes. De aquí resulta que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas para el desarrollo moral” (p. 39. Las cursivas son mías). Repárese en este punto en el curioso

giro de la reflexión de Sarmiento, cuya *comparación inicial* lo lleva a una suerte de *inversión valorativa*, al contrastar la organización “más democrática” y potencialmente más susceptible de “desarrollo moral” de la tribu salvaje conjuntamente con la campaña argentina y con la feudalidad europea.

Dado el sistema *conceptual* manejado por Sarmiento, y la marcada tendencia de éste a las *oposiciones y las valoraciones dicotómicas*, la insólita inversión valorativa que acabo de señalar podría pasar por accidental. Sin embargo, no lo es tanto. En efecto, algo similar ocurre con la configuración de la imagen del “gaucho malo”. En este caso, la comparación inicial no parte de las figuras del “tártaro”, el “cosaco” o el “árabe” evocados anteriormente, sino nuevamente de los héroes de Cooper y el ámbito norteamericano:

Éste es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el “Ojo de Halcón”, el *Tramper* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámale el *Gaucho Malo*, sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años, su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto (p. 56).

Paso sobre otros rasgos y otras características de este “tipo humano”, traídos al texto en tanto ecos de relatos populares “en voz baja”, que sirven para ahondar en la diferencia respecto de los términos de la comparación primera y concretar lo propio de la figura del “gaucho malo”. Y prosigo ahora con la mezcla de calificaciones, relatos populares y comparaciones con que, un poco más adelante, abunda el texto de Sarmiento:

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes, este salvaje de color blanco no es, en el fondo, un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera es inofensivo para con los viajeros. El gaucho malo no es un bandido, no es un salteador, el ataque a la vida no entra en su idea [...] Roba caballos. Una voz viene al real de una tropa del interior: el patrón propone comprar un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: “No hay actualmente caballo así”. ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento, ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y con-

venciéndose de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta: unos las tienen en la frente, otros, una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos correspondía (p. 57).

Este nuevo parangón, sin duda basado en mitos y leyendas populares —las que circulan en las pulperías, por un lado, y entre las tropas napoleónicas por el otro—, resulta algo divertido, por cuanto asimila, en la mente de Sarmiento, hombres y caballos, y bien podría quedar en esto. Sin embargo, la comparación entre Napoleón y el gaucho malo es retomada y ampliada más adelante, mezclada con otras asociaciones, precisamente a propósito de Juan Facundo Quiroga, también apodado el *Tigre de los Llanos*. Luego de algunas consideraciones acerca de la frenología y la anatomía comparada que “han demostrado [...] las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales entre la fisonomía del hombre y de algunos animales, a quienes se asemeja con su carácter” (p. 85) —consideraciones muy propias de las ciencias humanas del siglo XIX—, Sarmiento vuelve dos veces sobre el paralelo entre Quiroga y Napoleón, previa asimilación de éste al gaucho malo y el primero a Alí Bajá de Monvoisin, el Caín de la Compañía Ravel:

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía estas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen dan a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son, en otras, su mancha, su oprobio [...]

Cuando un hombre llega a ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad o el espíritu de investigación van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla a la biografía del héroe y no pocas veces, entre fábulas inventadas por la adulación, se encuentran ya en germen, en ella, los rasgos característicos del personaje histórico.

Cuéntase de Alcibiades que, jugando en la calle, se tendía a lo largo del pavimento, para contrariar a un cochero, que le prevenía que se quitase del paso a fin de no atropellarlo, de Napoleón, que dominaba a sus condiscípulos y se atrincheraba en su cuarto de estudiante, para resistir a un ultraje. De Facundo se refieren, hoy, varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero (pp. 86-87).

El texto prosigue con el relato de varias de estas anécdotas, que Sarmiento dice tener, entre otras fuentes, de un compañero de infancia y juventud de Quiroga, “hombre iletrado”, cuyo “manuscrito” revela, por su candor, la “verdad” de lo relatado (p. 94). Nuevamente, en esta configuración de la imagen de Facundo Quiroga, vuelve el parangón con Napoleón y otros héroes históricos que, en el caso del primero al menos, ya no pertenecen al mundo oriental sino al europeo-occidental —aunque dentro de éste, Napoleón ocupa sin duda un lugar aparte que toca también a la historia común de España y América. De cualquier forma, esta nueva alusión al personaje de marras vuelve a desestabilizar las fronteras entre el mundo oriental y el occidental y los valores respectivos atribuidos a uno y otro, llegando incluso a revertir, al menos parcialmente, el valor de sus signos respectivos. Sin embargo, esta operación un tanto insólita —y, como estoy tratando de mostrar, algo recurrente en la escritura de Sarmiento— no es ajena a la movilización de un *imaginario*, ya no tanto letrado cuanto oral y popular. El “lapsus” de Sarmiento acerca del “manuscrito” del hombre “iletrado” que le sirve de fuente de información en este sentido es particularmente revelador por cuanto reitera, colocando en este caso entre lo oral-popular y lo letrado, el carácter movedizo de la frontera entre los dos mundos en contienda. Pero también en este otro plano surgen las ambigüedades y los pliegues de la escritura de Sarmiento. En efecto, a pocas líneas de distancia, lo oral-popular e iletrado puede ser por igual fuente de “fábulas inventadas” y de toda clase de mitificaciones de los protagonistas de la historia —sea éste oriental u occidental— como fuente de una “verdad” incontrovertible. En este último caso, el “candor” de la narración —o sea la ausencia de artificios retóricos o literarios—, apoyada en la vivencia y la experiencia empírica del informante parecen ser los garantes de lo incontrovertible de dicha “verdad”, que desde luego Sarmiento vuelve a someter a su propio sistema conceptual, como en el anterior caso de la narración relativa al rito religioso.

Hasta ahora he abordado la permeabilidad de las fronteras entre las representaciones de la civilización y la barbarie, del Oriente y el Occidente y de lo letrado y lo oral-popular, así como la inestabilidad del punto de vista de Sarmiento desde el ángulo del cuestionamiento de los remanentes de la “barbarie oriental” —del espectro del caudillismo y el fantasma de la Conquista—, que a su juicio trastocan el proceso de modernización postindependentista en la República Argentina. Análisis similares podrían hacerse enfocando la problemática desde la “civilización” occidental. Con todo, lo señalado hasta aquí permite desta-

car no sólo las ambigüedades de Sarmiento, sino también y sobre todo las formas peculiares de un pensamiento en que lo “ideal” —manifiesto en el plano del sistema conceptual manejado en términos dicotómicos— entra en contradicción, o al menos en pugna, tanto con la experiencia empírica —propia o ajena—, como con los imaginarios, letrados y populares, que esta misma experiencia concita. Asimismo, estos pocos ejemplos —cotejados con las reflexiones del sujeto de la escritura respecto de sus propias construcciones discursivas—, permiten afirmar que dicho sujeto, en cuanto tal, no deja de percibir estas pugnas; mismas que lo llevan a señalar el valor relativo de las analogías, las comparaciones, las metáforas o los relatos que él mismo trae a colación, provengan del lado oriental u occidental o del lado de lo letrado o del de lo oral y popular. Mitos, leyendas, tipos sociales, caracteres y estereotipos culturales, que migran de un ámbito socio-histórico-cultural y de un continente a otro, se hallan así confrontados con la necesidad de formas de indagación historiográficas que pudieran dar cuenta de la particularidad de la realidad y la cultura argentinas postindependentistas, de cara a su propio porvenir.

Sin embargo, no son sólo las *modificaciones* que sufren, en suelo argentino, los sistemas de referencias culturales traídos a colación los que interesan a Sarmiento. Son también y sobre todo las nociones y categorías con que se los llega a analizar. Las observaciones mencionadas más arriba acerca de la palabra *revolución*, o de las denominaciones que algunos conquistadores impusieron erróneamente a la fauna americana, señalan con toda precisión lo que se halla en juego en las aproximaciones e indagaciones del autor de *Facundo*: en ellas, se trata de hecho de la adecuación/no adecuación entre lo real y su formalización en el plano del lenguaje, y del carácter siempre provisional y problemático de estas formalizaciones. De ahí que la *démarche* de Sarmiento consista a fin de cuentas, no tanto en la construcción de un Oriente o un Occidente fantasiosos, estereotipados e ideológicamente sesgados, cuanto en la multiplicación de *analogías y comparaciones* siempre aproximadas, que acuden a imaginarios ya configurados y supuestamente compartidos con sus lectores virtuales. Sólo que, al hacerlo y al contrastar estos imaginarios con la *diferencia y la particularidad* argentinas, socava no sólo el valor de verdad de estas mismas comparaciones, sino también el del sistema de categorías abstractas que le sirvió de punto de partida.

De cara a la reciente celebración del bicentenario de la Independencia de América Latina, acaso valdría la pena preguntarse hasta dónde de el llamado práctico de Sarmiento a desechar la escolástica ha sido

escuchado, y hasta dónde el sistema, muchas veces transfigurado, de categorías dicotómicas y abstractas que él puso a prueba no ha seguido imperando en el imaginario latinoamericano y en las propuestas ideológico-políticas, de muy distintas orientaciones, puestas en práctica durante el más de siglo y medio que nos separa de la escritura de *Facundo*. Y, si acaso, tampoco estaría por demás interrogarse acerca del *parecido* entre las formas del discurso ideológico-político y mediático actualmente imperante, y las del *gesto* de la escritura de Sarmiento. Gesto que, como intenté mostrar aquí, dista mucho de poder reducirse a sus contenidos ideológicos manifiestos. Desde la autorreflexión que lo caracteriza y significa, este gesto insta más bien a sus lectores de ayer y de hoy a repensar, desde el lugar propio —hoy tan “fronterizo” como ayer—, nuestras muchas herencias y nuestro destino particular con instrumentos conceptuales propios, aunque no por ello desvinculados, *sino contrastados*, con los que puedan proporcionarnos otras experiencias, otros relatos u otros marcos conceptuales.

RESUMEN

Este análisis de la obra de Sarmiento se propone mostrar de qué manera el conjunto de imágenes de procedencias muy diversas, traídas al espacio de una obra marcada por su profunda heterogeneidad discursiva, socava y redefine el sistema nocional y dicotómico en torno al cual pareciera organizarse el texto. Se centra en el examen del espacio “fronterizo” en el cual la tradición “letrada” pugna con la “popular oral”, y pone en escena un sujeto de enunciación cuya perspectiva “migra” constantemente de un lado al otro de la frontera imaginaria inicialmente trazada entre la “civilización” y la “barbarie”.

Palabras clave: heterogeneidad discursiva, espacio fronterizo, tradición letrada, tradición popular oral, civilización, cultura, enunciación.

ABSTRACT

The objective of this analysis of Sarmiento's work is to show how the ensemble of images from diverse origins, brought to the space of a work known by its profound discursive heterogeneity, undermines and redefines the system of notions and dichotomies around which the text would seem to be organized. The analysis centers around the examination of the “border” space in which a “literate” tradition struggles against a “popular oral” tradition, bringing to the foreground an enunciating subject whose perspective constantly “migrates” from side to side of the imaginary border initially drawn between “civilization” and “barbarity”.

Key words: discursive heterogeneity, border space, literary tradition, popular oral tradition, civilization, culture, enunciation.